

el **LUMBREIRU**

*publicación trimestral de la
Asociación Cultural Zamorana*

FURMIENTU

www.furmientu.com



*Octubre - Losantos - Diciembre
Año 2022*



FERVOR EN LA PIEL2

ACTUALIDAD CULTURAL7

Foto: Chiviteros (P. Gómez)

Fervor en la piel

Con diálogos en alitano

Ástor del Cueto

¿Sabías, Fulgor, que ésa es la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra?

(Juan Rulfo: Pedro Páramo)

La chica baja despacio de la DKV destartalada que la ha traído a Zamora desde La Raya. Le cuesta enderezarse, cara de cansancio. El sol abrasador del verano saca todo el partido a los colores chillones de su traje de fiesta, su mejor traje, su único traje. La multitud gris entra y sale de los comercios, no repara en aquella nota de color folclórico. El estruendo de los cláxones y el ralenti de los coches de línea hacen imposible la comunicación. Únicamente, el silbato del guardia urbano, parapetado en su garita metálica en mitad del cruce de caminos, sobrepasa el bullicio. El pastor desde su chozo elevado pastorea el rebaño. A un gesto suyo, los vehículos paran, la manada cruza la calle como una ola imparable. La joven abandona el grupo y se acerca al guardia. Le pregunta por la señora Vidales, tiene que ir a servir a casa de la señora Vidales.

—Circule, señorita, circule —le contesta la autoridad—. Pregunte en un bar, pero no se quede ahí parada; es peligroso.

La mujer, obediente, regresa a la seguridad de la manada. Antes de sumirse en ella, lo vuelve a interpelar; esta vez por aquel lugar peligroso y extraño. “¡Estás en La Puerta de la Feria!”, grita el guardia. La joven desaparece tragada por la onda que todo lo arrastra. Como cualquier organismo vivo, la manada protege, la manada es exigente; todos siguen los desplazamientos de la manada.

La muchacha ha entrado en un restaurant. Todo nuevo, todo limpio, cuero negro y metal pulido; nunca antes visto. Suena la radio:

—Ahora, a petición de nuestros oyentes, vamos a poner a los Bee Gees y os recordamos que podéis ver la película Fiebre del Sábado Noche, con esta magnífica banda sonora, en todos los cines de nuestra ciudad en sesiones

de cinco, siete cuarenta y cinco y diez treinta. Solo para mayores de dieciocho años...

El camarero sonríe y conversa con la clientela mientras sirve las copas. La joven pregunta en la barra. El camarero gruñe, le dice que, si no va a tomar nada, es mejor que se vaya. En la puerta la espera un hombre alto. La mira como el lobo mira a las ovejas cuando tiene hambre. Le parece guapo, demasiado guapo. Tiene las manos grandes y suaves, manos de manicura. Y además viste a la moda, como una estrella del rock: pantalón de campana ancho, zapatos de plataforma, camisa apretada abierta —dejando ver el pelo del pecho— y una cadena de oro con una medalla. Le dice que su nombre es Giovanni y que estaría encantado de poder ayudarla. Tiene la voz suave, como sus manos. Le dice que no tenga miedo, que no ha podido evitar escuchar la conversación, que puede llevarla a donde quiera, que ha viajado por medio mundo. Que él es italiano, pero que lleva muchos años en España, vino por un asunto de negocios y se quedó; nunca regresó a Italia. Continúa hablando de su hogar, de su Palermo natal, de cómo echa de menos la comida siciliana, la Cappella Palatina y la ópera en el teatro Massimo.

—Oye, chica, ¿te apetece tomar algo? Me encanta tu acento ¿Sabes que en Italia tenemos decenas de dialectos?: siciliano, napolitano, romanesco...

La muchacha lo mira fijamente, pestañea y asiente rítmicamente con la cabeza, trata de sortearlo, pero el hombre le bloquea el paso.

—Tien que tratase d'un error. Confundióume con outra presona, perdone —dice la joven empujando al hombre con su maleta.

—Espera. Todavía no me has dicho tu nombre.

—Lluisa, chámome Lluisa y estoi buscando a la señora Vidales. Tengo que presentame na sua casa. Vai a dame trabayu.

—¿La señora Vidales? Creo que te refieres a Francesca... Vale, buena suerte. —dice Giovanni echándose a un lado.

— ¿Conozla?

—Sí, claro, nos conocimos en Palermo, hace ya bastante tiempo. Yo era un estudiante de arte, me gustaban las fiestas, la vida nocturna; y Francesca trabajaba en un cabaret.

— ¡¿Cómo diz?! —la joven esboza una sonrisa.

—Es verdad. Francesca tenía mucho talento y ambición, acabó regentando el local. Yo realicé algunos trabajos artísticos para su negocio. Aprendí mucho a su lado.

— ¡Nun puede ser! —dice Lluisa entre risas—. ¿Y sigue trabayando pa ella?

—No, al venir a España disolvimos nuestra sociedad. Decidimos que lo mejor para los dos era trabajar cada uno por su cuenta. Ahora mismo no tenemos ninguna relación.

—Por casualidá, ¿nun sabrá ónde vive higuano?

—Zamora no tiene secretos para mí.

Giovanni ha cogido su maleta y se alejan del local. El sol derrite a los viandantes incautos que corren buscando refugio. La pareja cruza la calle, camina por la pegajosa sombra hasta un aparcamiento. Es un barrio pequeño, humilde, lleno de casitas bajas que se niegan a asomarse a la muralla. Llegan a su coche: un Mini inglés con el volante a la derecha. Giovanni le da unas monedas a los críos que vigilan los autos. Después, con gran ceremonia abre la puerta del copiloto a la joven campesina.



—No te preocupes por la manilla interior. Se me cayó el otro día. He mandado que me traigan una de Oxford —dice el hombre.

El motor ruge. Suben por la circunvalación hasta la plaza de Alemania. Paron frente al ho-

tel Cuatro Naciones. La muchacha dice:

—Esta nun ye la dirección.

— ¿No querrás presentarte con ese aspecto a la señora Vidales? Vamos, tenemos mucho trabajo.

Giovanni saluda al recepcionista y suben a la tercera planta. La habitación es amplia, con un armario empotrado enorme y cuarto de baño completo.

—Es mejor que tires esos harapos; iré llenando la bañera —dice el hombre.

Lluisa corre hacia la puerta; pero las manos grandes de manicura la sujetan por el brazo —aprietan hasta el hueso—, la arrastran hasta el baño, a tirones le quitan la ropa, le deshacen el moño y la trenza; y la meten debajo del agua. La joven grita, golpea, muerde, araña. Giovanni sangra, pero no ceja. Le da dos jabones a todo el cuerpo —hasta que le arranca de la piel el olor a cabra y establo—, tres al pelo —no le deja ni una gota de aceite—. Después con el cuerpo húmedo, le aplica una crema exfoliante, pasados unos minutos se la retira presionando con un guante —sobre todo le frota los codos y las rodillas—, con una toalla muy suave la seca, con mucho mimo le da una crema hidratante. La joven ya no lucha, se deja depilar las piernas, las axilas, las cejas. Le pinta las uñas. La maquilla con un maquillaje natural: un lápiz beige en la línea de agua de los ojos, rímel para las pestañas —arriba y abajo—, con una brocha le realza los pómulos y le aplica un discreto brillo en los labios. Incan-sable, le cepilla la melena —se la deja suelta, lacia, sedosa, brillante—. Cuando termina, le coloca en la frente un pañuelo, estampado con flores, a modo de vincha para despejar el cabello de la cara.

— ¡Increíble, fantástica, maravillosa! —exclama el hombre. Aquella faz, antes dura y zafia, ahora es delicada, tersa y suave, como una esponjosa acuarela sobre papel de arroz. A continuación, abre la puerta del enorme armario y dice:

—Elige lo que más te guste; vamos a salir a cenar.

Solo hay ropa femenina: minifaldas, camisas psicodélicas, trajes de pantalón acampanados, moda hippie, punk, bohemia; pero también trajes de noche y de boda. Se decanta por un vestido rojo, corto, de tirantes, con un poco de

vuelo y unas sandalias de tacón fino.

Lluisa se mueve como una niña pequeña, camina dando saltitos, se para delante del espejo y con las dos manos se estira la falda. Resopla, pero no aparta la vista de aquella novedosa imagen.

– ¿Qué ye esto? –pregunta la joven.

–Un atuendo apropiado para la velada que nos espera, excelente elección.

–Pémeque tou esto ya lo fizo anantes con outras mozas.

–Bueno, ha habido algunas mujeres, no lo voy a negar...

– ¿Nun será vusté un verrón?

– ¿Un qué?

– Cómo los chaman agora... un play-boy, un don Juan, un barutu millonariu que solo vive pa rondar mujeres.

El hombre suelta una sonora carcajada, después dice:

–Solo soy un artista en busca de desafíos. Me gusta hacer aflorar la escultura que hay en todo bloque de mármol. Enseguida me di cuenta de tu potencial. Te visualicé como un proyecto inacabado, un diamante en bruto que no era consciente de su belleza. No me arrepiento y no me equivoqué. La crisálida se ha convertido en mariposa. Tengo que reconocer que has superado todas mis expectativas. Tú eres mi mejor obra.

Giovanni la sujeta por los hombros y dice:

–Lluisa, sé mi Galatea esta noche.

– Y dígame. Esas mujeres... después de llavalas y aprigueralas, ¿qué fa vusté con ellas? –dice la joven desligándose de las suaves manos.

–Bueno, eso depende. Normalmente les doy una vuelta por la ciudad, les enseño los monumentos, las llevo a cenar...

– ¿Conoz alguna discoteca?

Vuelven al mini. Bajan por la calle San Torcuato. El hombre para con los cuatro intermitentes encendidos y sale del coche. Regresa a los pocos minutos con un ramo de rosas blancas, resaltan sobre el vestido como una luciérnaga en la noche. Cruzan el río por el Puente de Piedra. Llegan a la playa de Los Pelambres. Atardece. Los bañistas recogen sus toallas. Los niños gritan y corren desnudos entre los árboles. Los últimos rayos de luz añaden una pátina cálida a la arenisca de la Catedral. Se sientan

en la arena, descalzos, juntos. Sin ninguna oposición Giovanni pasa el brazo por la cintura de Lluisa. Un pescador tira de un barbo hacia la orilla. Agotado, amansado, el animal ya no chapotea, simplemente se entrega a su destino, atrás queda la seguridad y el olor profundo del fango.

Van a cenar a un complejo hotelero situado a las afueras de la ciudad. Es sábado por la noche. Está a reventar. Sin mediar una palabra, el camarero los conduce a un reservado. Cenar a la luz de las velas. Hay música de violines de fondo, más allá, como en un lejano susurro, el bullicio de los grandes comedores. Después del champagne y los postres, bajan por unas escaleras a la sala de fiestas. Hay mucha gente, pero nadie baila. Todos fuman: tabaco, hachís, maría, rebeldía, liberación. Piden unos gin-tonics y se sientan en una mesa cerca de la pista. El hombre italiano saca un cigarrillo. Lo enciende y se lo pasa a Lluisa. La mujer le dice que no fuma. “Este sí, es especial, te relajará”, dice el hombre. Lluisa da una primera calada y tose. Vuelve a aspirar, aguanta el humo dentro de sus pulmones y después exhala lentamente. Alza las cejas, mira el pitillo liado a mano y se pone a fumar compulsivamente, despreocupada, sin moderación. Giovanni se lo quita de la boca. “No querrás que te siente mal”, dice.

De repente, suenan los Bee Gees. Giovanni la arrastra hasta el centro de la pista. Hielo seco, bolas de espejo, luces giratorias y estroboscópicas. Le sujeta los brazos por las muñecas y se los mueve torpemente incitándola a bailar. Pronto, se hayan rodeados por un hervidero de jóvenes. Brillantina en el pelo, cazadoras de cuero, movimiento de caderas. La multitud baila y acompaña el estribillo al unísono. ¡Ah, ha, ha, ha, stayin’ alive, stayin’ alive! Brazos arriba y abajo en diagonal, sincronizados. Lluisa sigue la coreografía con devoción. Canta, baila, suda, ríe. La manada la rodea. La manada la protege. Nada hay que temer en el seno de la manada.

Ya de madrugada, la música es suave, dulce, sensual. La pista está desierta. Van a cerrar. Ajenos al mundo, Lluisa y Giovanni bailan agarrados, muy cerca. Ella apoya la cabeza sobre el pecho del hombre. Su olor la embriaga como el humo de los cigarros. La joven levanta la mirada, insolente. Cada uno respira el aliento del

otro, el mismo pulso, la misma respiración. Sus labios se rozan. Lentamente sus bocas se abren y sus lenguas se acarician en un interminable beso.

Han llegado al hotel, se duchan juntos, hacen el amor varias veces, hasta quedar exhaustos, duermen uno sobre el otro, piel contra piel. Giovanni abre los ojos. Todavía es noche cerrada. La tenue luz de las farolas se filtra por las rendijas de las ventanas. Mira a la mujer que yace a su lado: duerme profundamente abrazada a la almohada. Sus manos suaves, de manicura, están calientes. Recorren la espalda de su amada en una alambicada caricia, dibujan el contorno de sus caderas, besan su sedoso pelo, apenas rozan sus piernas, adulan su fino cuello. La epidermis de Giovanni quema, fervor en la piel, sus manos arden, su pelo arde, su cara, sus brazos. Las llamas recorren todo su cuerpo desde el interior. Fuego en las venas, en las entrañas, en el corazón. Todo él es una antorcha humana. Un monje budista en una calle de Saigón.

El hombre se despierta de golpe. Está empapado en sudor. Salta de la cama como si le quemaran las sábanas. Corre al lavabo. Se echa agua en la cara, en la nuca. Se frota los ojos. Se mira en el espejo. Se cachetea las mejillas. Se fustiga los costados.

— ¿Qué estás haciendo? — increpa a su propia imagen— ¡No! ¡Otra vez, no! ¡Supéralo!

Pasado un momento, vuelve a la habitación. Coge un encendedor y un cigarrillo de la mesita. Antes de sentarse en un butacón, acaricia la cara dormida de Lluisa. Prende el mechero. Mira el cigarrillo, pero no lo enciende; lo tira. Acerca la llama a la palma de su mano. Sus dedos juegan con el fuego. Sonríe. Durante horas, desde la penumbra, se queda observando la belleza de su creación, sin hacer el más mínimo ruido.

Es temprano por la mañana. Lluisa y Giovanni van en el coche. Salen de la ciudad por una carretera nacional cualquiera. No han tenido tiempo de desayunar, el hombre tiene prisa. La mujer no para de hablar, lleva el mismo vestido rojo de la noche anterior; es un regalo de Giovanni.

— ¿Aónde vamos, amor mieu? Nun importa, tú conduz. Podemos comisquiar algo nun bar de carretera. Sí, vayámonos d'esta ciudá. Escape-

mos juntos, que buena jera. Bien llargo. Siempre quise ver el mar. Podríamos dir a Gijón o a Santander. Gustaríame volver a la discoteca. ¿Estaremos de vuelta pa cenar nel restaurant de la discoteca? Ummmmh. Cariño, ¿gústante los rapacicos? Estaba pensando que, si lo nueso sal bien, podríamos casanos, formar una familia... Nun me fagas caso. Pensarás que soi una puebrerina... ¿Estás bien, tesouro? Nun dijiste palabra en tódala mañana.

El Mini abandona la carretera, continúa por un camino de tierra hasta un descampado. El vehículo se detiene.



— Queridu, ¿qué facemos eiquí? —pregunta la mujer—. El bar, ¿aúlo?

El hombre no escucha. Le duele el pecho. Otra vez aquella ordalía de fuego, la quemazón, la fiebre, la calentura. Se tapa la cara con las manos. El artista llora.

A pocos metros del coche, el cadáver de una oveja. Tiene una herida sangrante en el cuello. Un cuervo se acerca, picotea la herida, coge toda la carne que puede; y echa a volar. Giovanni mira al frente, fija su atención en el ave. Observa cómo, después de escrutar a uno y otro lado, vuelve a por más carroña. Pico entrando en la carne. En cada embestida su pico, su cabeza, sus plumas se van tiñendo de rojo, rojo sangre. El calor desaparece. La sangre apaga el fuego, anestesia el dolor. Casi imperceptiblemente, el semblante del hombre cambia. Giovanni esboza un leve rictus de decepción.

—Hay belleza en mi arte, pero se trata de una belleza terrible —dice en un susurro sin apenas articular los labios.

Ahora tiene la mirada profunda y un ademán indolente, imperturbable; los brazos tensos, las manos frías. Se aferra con todas sus fuerzas al volante. Aprieta los dientes. Se gira hacia la mujer. Los ojos se le salen de las órbitas. Le coge la cara con sus frías manos y grita:

— ¡¿Mereció la pena?!

Lluisa no contesta

— ¡¿Mereció la pena?! —vuelve a gritar, el hombre.

Pero la mujer se ha quedado muda. Boquea y abre los ojos intentando articular palabras.

— ¡Ingrata! ¡Sin mí nunca habrías conocido la felicidad! ¡Ingrata!

El hombre ha soltado su cara. Con una mano remueve algo debajo del asiento del conductor. Lo encuentra. Blande un punzón metálico, brillante, afilado. Hiende el aire muy cerca de Lluisa.

Pe... Pe... Pero... La mujer tartamudea incoherentemente, busca la manilla de la puerta sin perder de vista a Giovanni por el rabillo del ojo; pero no la encuentra. Empieza a hablar muy rápido, atropelladamente:

—Cuando yera pequeña la mia familia nomás tenié una vaca por hacienda, chamábase Blanquita y tenié mui mal caráuter. Mia madre mandábame a muñila tódoslos días, y tenié que cuspir nos amojos pa qu'estuvieran suaves porque si se los encetaba, la vaca revolvía y intentaba turriame. Cada madrugada, afalagába-le'l focinu y marmuraba-le al oyíu pa qu'estuviera quieta, pero l'animal nun me facié casu.

Giovanni escucha a la mujer con atención. Ahora, ya no grita. Poco a poco, los músculos de su cara se van relajando.

—Un día conos guantes d'un vecinu apañéi unas ortigas y púsime a muñila. Blanquita soltóu un couz y salióu correndo pa contra'l monte. Por temor a mieus padres, siguí a la vaca hasta que la perdí de vista. Estoncias, estroñóu una truená. Moyada y tremoliando de friyu, tuví qu'acolame nel interior d'una cueva. Cuando espertéi, vi qu'una manada de llobos arrodíábame y dábame calore, y una llobica nueva llavábame la cara y las manos cona sua amorosa llengüica. La frema alfa dioume'l sou lleiche cumo a una más de las suas crianzas. Y durante dous días la llobada amparóume de las alimañas qu'intentonen entrar na cueva.

—Continúa —dice el hombre.

—Al terceiru vienon mieus padres, junto cona gente del llugare, armados con cayatos y escopetas. Los llobos salionen afuyindo, tous menos la llobica nueva que yera demasiao pequeña pa poder correr. Acochéila contra'l mieu pechu y salí de la cueva. La gente querié matar al mundiciu, pero you dije-les que nun yera un llobu. Expliquéi-les qu'habié tenío fiebre por mor de la moyadura; pero que, afortunadamente, aquella noche vieno San Roque y curóume. Cumo prueba del milagru dejóume'l sou perro.

— ¿Y qué pasó, después?

—Pos que la gente creyóuselo. Chaméila “Lloba” y crecimos juntas. Fízose una perra mui obediente. Nun se volvióu a perder naide nel monte.

— ¿Y eso?

— Cuando atardeció y alguién nun volvié al puebru, you dicié-le “Lloba, Lloba, Llobica vai a buscar al ti Aquilino”. La perra marchaba al monte y trayiélu sanu y salvu hasta'l llugare.

Giovanni ha recuperado la sonrisa. Le vuelven a quemar las manos, los brazos y el pecho. Su corazón bombea fuego líquido. Arranca el coche y da media vuelta. El punzón metálico rueda por el suelo del automóvil.

El Mini inglés llega a Zamora. Aparca delante de un enorme chalet en La Avenida.

—Aquí vive la señora Vidales. Te dije que esta ciudad no tenía secretos para mí —dice el hombre.

Lluisa busca, en vano, la manilla de la puerta.

— ¿Ya no tienes miedo? —pregunta Giovanni.

—Non. Si hubieras querío matame, ya lo habrías feicho. ¿Por qué nun lo fistes?

—Tal vez, me gustó tu historia.

Giovanni sale del coche y con una reverencia abre la puerta del copiloto. La mujer se alisa el vestido, se acerca a la verja y llama al timbre. Rápidamente aparece el ama de llaves y la invita a pasar. Las dos mujeres suben las escaleras hacia el portón principal. Una silueta femenina, ominosa y oscura, contempla la escena desde la ventana del primer piso.

— ¿Nos volveremos a ver? —pregunta el artista italiano desde detrás del enrejado.

Lluisa se gira en el umbral, alza sus modernas cejas de gata y dando un portazo dice: ¡Non!

DOCUMENTAL SOBRE NOMES DE PÁXAROS EN LLIONÉS

Recientemente la productora Más que pájaros sacó un documental sobre los nomes de los paxaros en llionés. El film, feitu en facendeira col Institutu Lliones de Cultura, recueye'l testimoniu de varios expertos n'ortinoloxía y cultura tradicional, entre ellos al zamoranu José Alfredo Hernández, que da cuenta de dalgunos nomes d'aves usaos na nuesa provincia.



TESOURU ORAL DE SAYAGU, NEL MUSÉU ETNOGRÁFICU DE CASTILLA Y LLIÓN

Argimiro Santos Migual, natural d'Argañín, vien de donar al Muséu Etnográfico de Castilla y Llión un vocabulariu sayagués onde se recueyen gran cantidá de palabras patrimoniales del sou llugar d'orixe.

Quier con esto, señala l'outor, dar continuidá y valor, a la llengua de los sous padres, abuelos y vecinos, un padremoiñu oral que desaparece amodo y que cada vez menos personas conocen.

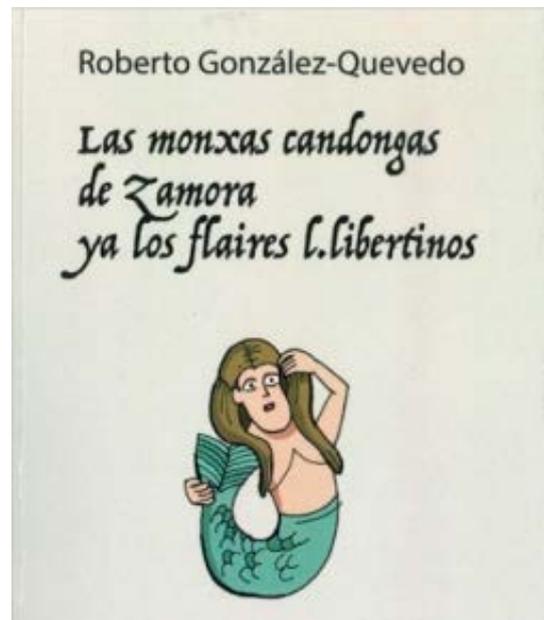


NUEVOS LLIBROS EN LLIONÉS



L'asociación 'Amigos de Sierra Pambley' presentóu hai pouco en Vil.lablinu un nuevu llibru, **Pesicia Máxica**. Trátase d'una colección de relatos de diversa procedencia, con outores tanto llioneses como asturianos entre los que vamos atopar al escritor zamoranu y miembru de Furmientu Ástor del Cueto.

Tamién en pal.luezu ye **Las monxas candongas de Zamora y los flaires l.libertinos**, obra del palaciegu Roberto González-Quevedo. Nesta novela, ambientada na ciudá del Dueru un espíritu panamorosu ñació del ríu chega a toda la población, que s'entrega a la celebración del amor y de la pasión.



Igualmente dende Llión nos chega la noticia d'otra publicación en llionés. Falamos de **Carmilla, la muyer vampiru**, de Joseph Sheridan Le Fanu, traducida a la nuesa llengua por Xairu López y que cunta conos dibuxos de Ricardo Escobar.

Esta novela, escrita nel siegru XIX, ye una de las primeiras que tratan el tema de los vampiros, y reconozse habitualmente como una de las principales precursoras del xéneru. inspirando a muitos outores como Bran Stoker.

Biblioteca de Furmientu

Esríbenos a
furmientu@gmail.com

*después chegán a un casa, na q' estaban co-
llimosa. Tráen-le un abertanas pequena y
non a sacar crece muito y non le pudican so-
r. Después tiran enba máis grande y aque-
ran saca. Entamos dice'l pebre que se sei-
lita a fundir aquel lugar. Y después dice...*

Xeira
COMPENDIO GRAMATICAL
DE SANABRÉS

13,00 €
gastos de envío incluidos

**EL HABLA DE LA
TIERRA DE ALISTE**

JOSE MARIA BAZ, S. J.

MADRID
1919

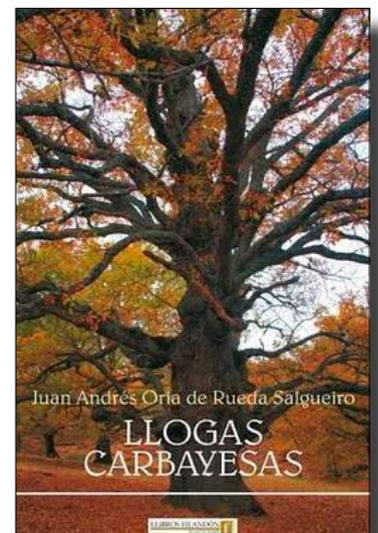
15,00 €
gastos de envío incluidos

Necesitamos tu ayuda

Hazte socio de Furmientu por **20 €/año** y recibe gratis un ejemplar de las **Llogas Carbayesas**, o suscríbete a **El Llumbreiru** por **8€/año**.
Nº de cuenta en: BANCO ABANCA ES0420803559863040007355

Calle Grijalva 6, 2º A 49021 Zamora. Telf 695 51 53 86
furmientu@gmail.com / www.furmientu.com

Síguenos:



EXIGIMOS QUE SE CUMPLA EL ESTATUTO DE AUTONOMÍA:

Art.- 5.2. El leonés será objeto de protección específica por parte de las instituciones por su particular valor dentro del patrimonio lingüístico de la Comunidad. Su protección, uso y promoción serán objeto de regulación.

Art.- 5.3. Gozará de respeto y protección la **lengua gallega** en los lugares en que habitualmente se utilice.

